

FRANCISCO VILLAESPESA

sas sangrientas las cumbres de las montañas vecinas.

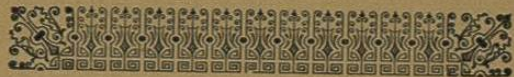
Unos mercaderes se detuvieron á dar agua á sus camellos.

El Rabbí avanzó serenamente. Su perfil aquilino se destacaba majestuoso, nimbado por el último rayo del sol.

Alzó entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos se quedaron inmóviles.

Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua...»



Dyonisios presentía que algo nuevo iba á florecer en su alma.

La tela de araña del misterio cedía ya bajo la tímida presión de sus dedos ávidos, próxima á rasgarse.

Sus ojos, que sólo habían admirado el ritmo de la línea y la magia del color, se abrían desmesurados ante horizontes infinitos, esperando la realización del milagro.

La excelsa belleza de Lais le inquietaba.

FRANCISCO VILLAESPESA

Huía de ella. Muchas noches la sintió gemir de abandono, implorante y desfallecida, á los umbrales de su cámara, golpeando inútilmente las puertas de cedro.

El pasado le inspiraba un pavor profundo. Temía el recuerdo, viendo en todo una amenaza y un peligro para su nueva fe.

Las últimas palabras de Pablo, al despedirse una tarde bajo los pórticos del Mercado, acabaron de convencerle.

—¿Qué dirías de un hombre que, al soltar un ave á la libertad del vuelo, colgase de sus alas las más pesadas joyas?

Así los deleites del mundo estorban para llegar al cielo.

Renuncia á todo, y todo será tuyo.

Vete al desierto.

En el silencio de la soledad Dios hablará por

ZARZA FLORIDA

fin á tu alma, purificada por la penitencia de toda escoria terrena.—

Y en la severidad de estas palabras creyó adivinar un mandato tácito.

—¡Es preciso, Señor, es preciso! Todo cuanto me rodea me recuerda la inutilidad de mi vida.

Y una mañana, cuando los gallos y las alondras presagiaban la aurora, abandonó su morada, sin otros bienes que su cayado y su sayal, camino de los desfiladeros de la Tesalia.

De rodillas sobre un alto peñasco, con los ojos y las manos elevadas al cielo, el penitente oraba.

Nada al principio turbó el uncioso recogimiento de su espíritu. Pero bien pronto las Tentaciones, rasgando las sombras de su memoria, se acercaron, andando sigilosas, á hablarle al oído.

FRANCISCO VILLAESPESA

Era toda su vida, que surgía de nuevo, materializada en diabólicas imágenes.

Se vió otra vez amado de los dioses, en plena adolescencia, fuerte y bello, cuando el misterio del sexo no había turbado aún las puras líneas de sus miembros.

Era músico durante el día. Cortaba las cañas más bellas y, combinándolas sabiamente, ensayaba en ellas los rumores que arrancaba el viento á los altos cañaverales animados.

De noche estudiaba el curso de los astros, prefiriendo siempre las constelaciones femeninas. Seguía el rastro de la cabellera de Berenice ó los contornos del cuerpo de las Vírgenes. Encontraba entre ellas y su espíritu afinidades interiores, y contemplándolas recordaba aquella joven desnuda, sorprendida por él en las márgenes del río.

ZARZA FLORIDA

Una noche, á la entrada de un bosque de mirtos, volvió á aparecérselo.

A través de las vestiduras sutiles era más vivo é intenso el perturbador encanto de su desnudez.

Sus miembros, largos y opulentos, evocaban la imagen de aquellas grandes ánforas, á cuyos cuellos los aldeanos ceñían coronas de violetas y de ciclamos.

Ella le cantó al oído, con una voz tan cálida que abrasaba su sangre, haciéndola hervir en las venas trémulas.

—Han pasado los tiempos en que las diosas se entregaban á los hombres y los dioses violaban á las mujeres. Sólo tú, tan joven y tan puro, podrás darme la ilusión de haber sido poseída por un dios. Las ondas de los vastos ríos me acogieron sin fecundarme, y en vano me ofrecí

FRANCISCO VILLAESPESA

al alma de Zeus bajo la lluvia candente de los cielos. Mas tú fecundarás mis flancos, que, semejantes á la cuenca de suaves colinas, esperan el empuje del río vigoroso y pródigo.

Y rasgando la túnica, se le ofreció desnuda bajo la alucinante fosforescencia lunar.

Él, cayendo de rodillas, le quiso colocar sobre la testa, toda tremante, una corona de narcisos, como los aldeanos en las asas de las ánforas colmadas.

Mas ella, resbalando, le acogió sobre sus carnes prepotentes y, en un abrazo extenuante y doloroso, le condujo hasta los últimos límites del placer.

Y después, mil visiones violentas, mezcladas las unas con las otras, en gestos y actitudes que apenas recordaba, y sobre ellas, resumiéndolas todas, entrañando en su cuerpo todo el encanto

ZARZA FLORIDA

diabólico de la lujuria y del pecado, la imagen de Lais.

Le perseguía constantemente, rozándole á veces con el ardiente recuerdo de su carne tibia y perfumada. La veía, acechándole, á orillas del camino, á la entrada de la gruta, tendida al pie de la cruz de madera.

A lo lejos, bajo los pámpanos estremecidos, reían los sátiros burlescamente. Las ninfas, alegres, con sus sonoras carcajadas argentinas, estremecían los claros cristales de la fuente. Y el viejo Pan, saltando, ebrio, al son de la flauta de caña, hacía danzar, entre sus patas tuertas y lanudas, remolinos de hojas secas.

En las noches de quietud y de silencio, cuando se oyen descender, temblando, los rayos de la luna, la aparición era más alucinante.

Se le acercaba, sonriente, tendiéndole los

FRANCISCO VILLAESPESA

brazos; erectos los senos de rosa, llameantes los ojos de cantárida.

Él, aterrorizado, huía. Huía, santiguándose, con los cabellos tendidos al viento, perseguido por su sombra, que tomaba en la carrera aspectos monstruosos.

Atravesaba las montañas, desgarradas las vestiduras, los pies ensangrentados, turbando con sus gritos angustiosos el sangriento ensueño de las fieras.

Por fin se ocultaba, trémulo, entre las rocas, y allí permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, sin atreverse á respirar. Al día siguiente se maceraba hasta que, cubierto de sangre, caía desplomado en su lecho de piedra. Y así, á fuerza de maceraciones y de ayunos, intentó domar las lujuriosas rebeldías de su carne.